



Capítulo 251 - El ataque de Raphaeline

La suave luz de los faroles de papel proyectaba sombras alargadas sobre las oscuras paredes de madera, creando una atmósfera serena pero tensa. El sutil aroma del incienso de sándalo se mezclaba con el aroma del té recién hecho, llenando el aire de una calma casi ilusoria.

Vergil estaba sentado en una habitación de estilo japonés, espaciosa e impecablemente organizada. El suelo estaba cubierto de tatamis perfectamente alineados, y en el centro había una mesa baja de madera negra, pulida hasta el punto de reflejar la luz parpadeante de la habitación. Frente a él, sobre la mesa, reposaban dos delicadas tazas de porcelana, cada una llena de té humeante y aromático.

Frente a él, sentada con postura impecable, estaba Raphaeline.

Su kimono azul oscuro y dorado se ajustaba a su cuerpo con elegancia; la tela brillaba sutilmente a la suave luz de los faroles. El patrón de ondas doradas bordado en la seda contrastaba con la profundidad del azul, dándole un aire casi etéreo.

Llevaba el pelo largo y negro recogido en un moño, con algunos mechones que caían suavemente sobre sus hombros. Sus ojos color lavanda lo observaban con serenidad, como si analizaran cada matiz de su expresión.

Aunque por dentro ardía de vergüenza, imanténía la postura de una Reina Demonio!





Vergil se inclinó ligeramente hacia adelante y tomó la copa sin prisa. Su mirada fría pero curiosa no se apartó de la mujer que tenía delante.

—Entonces... —Rompió el silencio con un ligero tono de ironía—. ¿Cómo que...? ¿No sé dónde está Nyx?

Se llevó la taza a los labios, exhalando ligeramente el vapor antes de tomar un sorbo.

Raphaeline mantuvo la misma calma, sosteniendo su taza con delicadeza. Sus movimientos eran gráciles, como si cada gesto estuviera ensayado para exudar una perfección casi irritante.

—Justo lo que dije. —Su voz era suave, pero con un tono enigmático.

Una fuente de agua corriente rompía la monotonía, mientras la ligera brisa hacía que las hojas de un cerezo se mecieran suavemente, proyectando sombras danzantes sobre las puertas de papel translúcido.

Vergilladeó ligeramente la cabeza, tamborileando con un dedo sobre la mesa con un ritmo lento y rítmico. Su mirada penetrante se clavó aún más en los ojos de Raphaeline, buscando cualquier rastro de mentira o vacilación.

—Entiendes que esa no es la respuesta que quiero oír, ¿verdad? —Ni siquiera Vergil creía la conversación que tenía con ella; después de todo... ella era más agresiva con él... pero ahora... su calma al darle malas noticias le hacía preguntarse si estaba... bien de la cabeza.

Una leve sonrisa se dibujó en los labios de la mujer, pero no era de nerviosismo. Era la expresión de alguien ligeramente divertido por la





situación, como si estuviera jugando con un león enjaulado. "Lo sé, y entiendes que me importa un bledo lo que quieras, ¿verdad?"

Virgilio parpadeó varias veces... parecía que... había hecho algo por su suegra...

—... Raphaeline... ¿Hice algo? —preguntó Vergil. Al fin y al cabo, no parecía que no tuviera información, simplemente no quería hablar...

"No lo sé, ¿lo hiciste?", preguntó ella mirándolo directamente a los ojos.

La tensión en la habitación crecía como una tormenta silenciosa. El leve tintineo de las tazas de porcelana resonaba, mezclándose con el lejano sonido del agua corriendo. La brisa que entraba por las puertas de papel translúcido parecía haberse enfriado, o quizás era solo la percepción de Vergil, quien ahora sentía una presión diferente proveniente de Raphaeline.

No bromeaba. O mejor dicho, sí, pero de otra manera. No era el típico sarcasmo mordaz ni la agresividad disfrazada de humor ácido. Era algo nuevo, algo más sutil.

Vergil apoyó su taza sobre la mesa con un movimiento controlado, entrecerrando los ojos.

"Si hubiera hecho algo, ya lo habrías demostrado con tu expresión; después de todo, no puedes evitar estar nervioso", dijo, inclinándose ligeramente hacia atrás. "Lo que me lleva a pensar que te estás divirtiendo a mi costa".

Raphaeline tomó otro sorbo de té antes de dejar escapar un suspiro largo y exagerado.





—Debería sorprenderme que seas tan cohibido, pero... —Ladeó la cabeza; sus ojos lavanda brillaban con un toque de diversión—. Ya conozco muy bien tu ego.

Vergil arqueó una ceja. "¿Y entonces...?", preguntó, esperando a que ella se explicara.

—Podría decirte lo que quieres saber, pero... —Dejó la taza sobre la mesa con cuidado, deslizando un dedo por el borde de la porcelana—. Preferiría ver hasta dónde llega tu paciencia.

Vergil guardó silencio un momento. Una sonrisa casi imperceptible le levantó la comisura de los labios. "¿Intentas molestarme?"

Raphaeline entrelazó sus dedos bajo su barbilla, inclinándose ligeramente hacia adelante.

"Digamos que estoy evaluando cuánto realmente quieres esta información".

Vergil dejó escapar una pequeña risa por la nariz, pasándose una mano por el cabello.

"Sabes que podría sacarte la respuesta, ¿verdad?"

—Podrías intentarlo —respondió ella, con una sonrisa peligrosa—. Pero sabes que si desenvaino mi espada, nos faltaría un Rey Demonio.

Los dos se miraron fijamente durante unos instantes, como depredadores estudiándose mutuamente.





La tensión, antes sutil, ahora era intensa, como un campo eléctrico a punto de estallar en un trueno. Pero entonces, de repente, Raphaeline apartó la mirada, tomó su taza de nuevo y bebió un sorbo como si nada hubiera pasado.

—Bueno, no te preocupes tanto, cariño —dijo, recuperando un tono más informal—. Nyx no ha desaparecido... exactamente. —Esbozó una leve sonrisa, cruzando las piernas con elegancia—. Pero... bueno, me encantaría negociar esa información.

Vergil se cruzó de brazos, con la paciencia agotada. "A juzgar por cómo lo dices, parece que quieres algo directamente de mí. Así que, vamos, dímelo sin rodeos. ¿Quieres a Yamato? Debo advertirte que mi espada no se puede vender, es una espada espiritual."

Raphaeline ladeó la cabeza ligeramente, y sus labios se curvaron en una sonrisa enigmática. "¿Mmm? Ah, dejé de coleccionar espadas después de que me ganaras en ese estúpido concurso. O sea... me usaron como premio, así que técnicamente soy tuya."



Vergil frunció el ceño. Su tono era tan despreocupado que rozaba la indiferencia. Qué extraño.

Parpadeó un par de veces, observando la expresión de Raphaeline. No había sarcasmo en ella. Solo una calma que lo hacía aún más sospechoso.

"Entonces... ¿qué quieres?" preguntó, genuinamente confundido.

Raphaeline apartó la mirada un instante, mordiéndose ligeramente el labio inferior. Luego, con un largo suspiro, lo miró de nuevo.

"Una cita."



La última palabra salió más baja de lo que pretendía y un ligero tinte rosado tiñó sus mejillas.

Vergil parpadeó de nuevo. Después de todo lo que esperaba oír, eso definitivamente no estaba en la lista.

La expresión de Vergil permaneció neutra por unos segundos, como si su cerebro procesara lentamente lo que acababa de oír. Luego parpadeó, ladeando ligeramente la cabeza.

"Espera... ¿qué?"

Raphaeline, ahora completamente sonrojada, golpeaba suavemente la mesa con las yemas de los dedos, mirando hacia otro lado como si fuera la cosa más natural del mundo.



—Me oíste —dijo, intentando sonar firme, pero el rubor de su rostro delataba su compostura—. Si quieres saber dónde está Nyx, tendrás que salir conmigo. Una cita. Cena, un paseo, tal vez una visita a un templo japonés bajo un cerezo... algo romántico.

Vergil simplemente miró fijamente a la mujer frente a él como si ella le hubiera pedido que quemara el infierno y lo reconstruyera con sus propias manos.

—Raphaeline... —Respiró hondo, frotándose la sien—. ¿De verdad estás usando la ubicación de una Diosa Primordial como moneda de cambio para obligarme a salir contigo?



Ella golpeó la mesa con fuerza, enfrentándolo por fin con los ojos encendidos. "¡Sí! ¿Tienes idea de cuánto tiempo he estado esperando? ¿Cuántas indirectas te he lanzado? ¿Cuántos atuendos provocativos me he puesto solo para que los ignores? ¡Incluso he probado perfume afrodisíaco y NO REACCIONAS!"

Vergil le guiñó un ojo. "Espera, ¿era un perfume afrodisíaco?"

Los ojos de Raphaeline se abrieron de par en par por un instante antes de resoplar, cruzándose de brazos con fuerza. "¿Crees que huelo a deseo carnal por naturaleza? ¡Por Dios, Vergil!"

Se pasó la mano por la cara y suspiró. "Pensé que era solo tu olor natural..."

"¿Me estás tomando el pelo?"

El silencio reinó entre ellos por un momento.

Raphaeline se inclinó hacia delante, apoyando los codos en la mesa, mirándolo con una expresión casi desafiante. «Vamos, Vergil. Una cena. Solo una. Pondré la información en medio de la conversación. Fácil. Sin dolor. Finge que lo disfrutas y ya está».

Vergil cerró los ojos con fuerza, sintiendo que estaba siendo involucrado en un plan altamente manipulador.

"Me estás chantajeando con la ubicación de Nyx".

"Sí."

"Esa es una de las cosas más ridículas".





Cúlpatе por torturarme. Y deja de fingir que no sabes de qué hablo. ¡Me dejaste así para castigarme por casi vender a mi hija por una espada! He cambiado, ¿vale? Se ha quedado conmigo, ha pasado más tiempo conmigo, ¡he sido una buena madre!

Otro silencio.

Vergil suspiró profundamente, encogiendo un poco los hombros. "Bien. Tengamos una cita."

Raphaeline entrecerró los ojos. "Y luego un paseo."

Puso los ojos en blanco. "De acuerdo. Cenamos y damos un paseo".

"Y tal vez un baile."

"Rafaelina..."

¿Qué? ¡Quiero disfrutarlo, no soy de hierro! —Se cruzó de brazos, haciendo un ligero puchero—. Además, te divertirás, te lo prometo.

Vergil suspiró, finalmente se reclinó y tomó su taza de té, tomando un largo sorbo como si tratara de aliviar el inminente dolor de cabeza.

Rafaela sonrió triunfante.

"Entonces, ¿dónde está Nyx?" preguntó, sin mucha esperanza.





Ella sonrió aún más. "Oh, te lo diré solo al final de la reunión".

Virgilio casi rompió la copa que tenía en la mano.

¡Mierda! ¡Me han pillado en mi propia trampa! —pensó Vergil, empezando a arrepentirse de haber convertido a Raphaeline en una buena madre para su esposa...

¡Buena madre mi culo!

